

GEOGRAFÍA Y LENGUAJE ERÓTICO

Regina Freyman¹

Resumen

A partir del **lenguaje** se intenta un recorrido para dilucidar la tenue frontera que divide los territorios del **amor**, el **sexo** y el **erotismo**.

Abstract

A **language**-based attempt at a road to distinguish the slender frontier dividing the realms of **love**, **sex** and **erotism**.

This is the long tunnel of wanting you.
Its walls are lined with remembered kisses
wet and red as the inside of your mouth,
full and juicy as your probing tongue,
warm as your belly against mine,
deep as your navel leading home,
tight as your legs wrapped around mine,
straight as your toes pointing toward the bed
as you roll over and thrust your hardness
into the long tunnel of my wanting,
seeding it with dreams,
making memories of the future,
straightening out my crooked past,
teaching me to live in the present tense
with the past perfect and the uncertain future...

Erica Mann Jong

Encontrar las fronteras difusas que dividen los territorios del amor y la sexualidad es imposible, pero bien vale la pena intentarlo a partir de todas las imágenes, acariciando cada terreno para saborear cada uno de sus términos. Explorar con todos los sentidos. La intención es, como todo aquello que pretende el placer, lúdica, el jugueteo cálido que estremece por igual la epidermis y la imaginación. Podemos delimitar al erotismo por su tendencia “femenina”, por su asociación con lo “artístico”, por ser desviación al reorientar el objetivo de la sexualidad, que es la procreación, hacia los terrenos de la imaginación y el puro goce sensual, quizás por ello la podamos nombrar madre de la pornografía. Intentaré establecer los límites del erotismo, a partir de aquello que insinúa.

Pienso en el erotismo como un esfuerzo de la imaginación que desvía los procesos humanos hacia territorios de la ensoñación. Reconozco como su objetivo, estimular los sentidos, y con ello, se aleja de la pornografía que nos queda en deuda al privilegiar la

vista y reducir el objeto del deseo a un cuerpo segmentado. El erotismo se inscribe en el arte al encender la imaginación del espectador quien, además, debe participar para desenterrar lo que se sugiere, por tanto, es un acto entre dos: un seductor y un seducido que dan sentido a un deleite que suspende al tiempo y al peso de su capa cotidiana. La pornografía es un acto más bien solitario donde una puesta en escena busca complacer a una mirada que, si bien completará algunos espacios de indeterminación mínimos, persigue un fin concreto: la excitación sexual.

Octavio Paz en *La llama Doble* nos dice que sexo, erotismo y amor son tres conceptos complementarios que dan como resultado el verdadero amor, éste que implica al cuerpo, a la imaginación y al deseo de posesión de un ser por completo. Paz establece un mapa al regalarnos una flor como coartada. Las raíces de esta metáfora representan el sexo. El poeta distingue entre la sexualidad animal y la sexualidad humana que no se fundamenta, solamente, en la reproducción sino que se alimenta del erotismo que persigue desviar el impulso sexual reproductor para transformarlo en una representación. De antemano aceptemos que, la sexualidad, más allá de cualquier inclinación ideológica es, indiscutiblemente, centro de la experiencia humana, desde la fisiología hasta la mística.

El tallo de la flor es el erotismo, la capacidad de desear a la distancia, no se constriñe a un escenario como en el caso de la pornografía ni requiere de la vista como aliada pues el sitio puede ser el espacio flotante de la ensoñación donde el deseante reconstruye recuerdos y organiza fantasías. “El erotismo es sexualidad transfigurada: metáfora” (Paz1994) Algo más allá de la realidad que la origina.

De estos dos componentes: flor y tallo, surge el amor, tema que quedará pendiente porque escapa a la reflexión que nos ocupa.

Eurípides toma los arquetipos míticos del amor, señala a Eros como una locura resuelta por Afrodita que desata una fuerza irracional que se encarna en el poeta, el guerrero, el adivino o el chaman.

George Bataille divide el erotismo en tres modalidades: el erotismo de los cuerpos que se remite al deseo carnal y se orienta hacia el acto violento de la posesión; alcanzar al ser en lo más íntimo, hasta llegar al desfallecimiento; el erotismo de los corazones es una pasión que se paga, o al menos pretende, la reciprocidad y puede surgir del erotismo

de los cuerpos, pero pretende la felicidad en una identificación moral profunda. Se trata de un sentimiento más violento que la pura pasión física, pues engendra un desorden tan grande que se resuelve en una felicidad dual compuesta de gozo y sufrimiento; el erotismo sagrado toma al cuerpo y al placer como expresiones divinas, como vías de comunicación hacia la nada, el todo, Dios o el universo. En términos generales, el erotismo es para Bataille una sensación de deseo y vértigo, un estado alterado de los ánimos que busca en el objeto del deseo un refugio ante la muerte. Un estado de compenetración con el otro, que le hace inmune, aunque sea por un momento, al trágico destino de discontinuidad de su ser. La muerte por tanto no puede separarse del sentimiento erótico que, inconscientemente, se vincula con el acto sexual. Bataille equipara el acto sexual con un acto de sacrificio, donde una parte activa (masculina) o sacrificador y una pasiva (femenina) o víctima liberan sus instintos hasta que logran una fusión tal que alcanza, aunque sea por un instante, disolver las barreras individuales, interrupción momentánea del abismo que nos separa “Ese abismo es, en cierto sentido, la muerte” (Bataille: 1971). Para este autor la experiencia erótica tiene una dimensión de experiencia religiosa en cuanto encuentro, comunicación, ascenso y liberación, en suma, un contacto con lo sagrado que se opone a la continuidad y repetición de la experiencia cotidiana.

No me ocupa ni me interesa la delimitación moral entre erotismo y pornografía mucho menos entre arte y consumo, diré solamente que la tenue división entre estos dos esfuerzos se dirime en su propósito, pues son pornográficas las obras que se hacen, se comercializan y se consumen como excitantes sexuales; el propósito del erotismo persigue también la excitación pero, no sólo del cuerpo sino de la imaginación a la que invita a participar para llenar aquello que se insinúa y no se muestra plenamente como en la pornografía. ¿Mostrar o sugerir? *that is the question*. Pensar en su distinción semántica me parece oscuro cuando el diccionario sólo marca a la pornografía con la humillante letra escarlata al tildarla de obscena y al erotismo lo trata como la hermana artista, es decir la piruja y la santa. Me amparo al dicho de Umberto Eco “No soy de los que consideran que el valor artístico lo absuelva todo”.

Picasso, por ejemplo, no encontraba diferencia y, creo yo que el arte echará mano de todo cuanto sirva a su propósito y si no, preguntémosle a Henry Miller y al propio Paz cuyos capítulos de *Llama doble* encendieron algo más que mis mejillas.

Sabemos que tanto el erotismo como la pornografía son residentes del cuerpo. Los dos habitan su objeto del deseo pero el primero se aferra a uno específico y lo idealiza por completo. La pornografía es más democrática y desea muchos cuerpos.

Para entender un poco más las tenues divisiones de los sentimientos me propongo explorar sus territorios semánticos, encontrar las palabras que pueblan un sentimiento y que nos dan cuenta de sus costumbres y tendencias.

Deseo	=	Apetito = ganas :	Movimiento hacia una cosa que aparece como buena y atrayente
Deseo	+	Vehemencia =	Anheló
Deseo	+	Vehemencia + actividad para saciarlo =	Avidez
Deseo	+	Vehemencia + inquietud =	Ansia
Deseo	+	Deseo + esfuerzo =	Afán
Deseo	+	Deseo + esfuerzo + constancia (+ obligación) =	Empeño
Deseo	+	Brevedad + sin razón =	Capricho
Deseo	+	Vehemencia + sin razón =	Antojo
Deseo	+	Sexual + desmesura =	Lujuria

Nos dice Francesco Alberoni en *Erotismo* que hay por lo menos dos lenguajes: el de los poetas y el de la pornografía. Supongo que es lícito pensar que el lenguaje pornográfico prefiere al albur como figura, el erotismo, a la metáfora y a la paradoja. El amor, por ser la suma de todo, habita todas las palabras.

Todo cobra sentido a partir de lo sensual que es la dimensión básica del sentir. Vista, tacto, olfato, gusto y oído se comprometen en aquello que llamamos sentimientos, aquello que suceden en la intimidad, *Intimus* en latín “lo que está más dentro”.

Pero establezcamos un vocablo como origen y puerto del que zarpan todas estas modalidades: el deseo. De él derivan diversos movimientos del espíritu.

Los deseos son espirituales, porque a diferencia de los impulsos pertenecen al mundo simbólico. El deseo detona el circuito de la acción. Introduce en este proceso un momento de claridad consciente en que rompe la fluida secuencia, es decir, momentáneamente detiene el tiempo. El deseo habita una zona media entre la pulsión y el proyecto, nuestra vida está dirigida por deseos que se tangibilizan en proyectos y luego en actos. La historia de la cultura es la historia de nuestros deseos, y somos capaces de ampliar continuamente nuestras metas, valores, premios y castigos. Es a partir de ese poder de expansión que nacen los mundos posibles alumbrados por la imaginación o la razón. Somos seres lujosos y lujuriosos, es decir, excesivos, como dicta la etimología de ambas palabras, deseamos mucho más de aquello que necesitamos y somos capaces de alterar el rumbo de nuestro destino, de nuestra historia, el primer paso, un deseo, el segundo un proyecto que siempre requiere de la verbalización, de la palabra que le da forma y sentido. Finalmente, la acción como efecto de la voluntad, es la meta del deseo. Existen dos conceptos de deseo, uno que insiste en la falta (Sartre) y otro que subraya el dinamismo hacia el fin (Spinoza, Deleuze, Marcuse, Platón que concebía a Eros como hijo de Penia la pobreza y Poros la riqueza). El placer no es la satisfacción de una necesidad sino la consumación de un deseo.

El deseo habita en todas las zonas del amor pero pensemos que el antojo, la lujuria y el capricho le son más afines a la pornografía, son sensaciones pasajeras que no requieren de un objeto del deseo idealizado o único; mientras el erotismo se reviste de empeño, afán, ansia, avidez y anhelo. Vocablos estos últimos más afines al trabajo de conquista, a la energía de desear a la distancia, a la idealización de un solo objeto del deseo.

Ahora, asociemos algunos términos a los campos semánticos de estos territorios. Desde luego no son todo el repertorio posible pero al menos, nos servirán de coordenadas.

Podemos notar que los verbos asociados con la pornografía son de orden performativo, es decir son acciones presenciales; los verbos recurrentes en el caso del erotismo son actividades que suscitan el pensamiento y la imaginación, parteras que dan a luz obras creativas o ensoñaciones del espíritu.

	Pornografía	Erotismo	Sensual
Verbos	Apretar, chupar, coger, fajar, lamer, jalar, mamar, mamacear, tocar, tirar, follar, caldear, tortear, trotar, frotar, montar, espiar	Desear, anhelar, fantasear, sentir, oler, saborear, jalar, mamar, contemplar, imaginar, morder, besar, mamacear, tocar, extrañar, añorar, abrazar, tirar, follar, caldear, idealizar, pintar, tortear, trotar, frotar, escribir, actuar, montar, espiar, bailar, fotografiar, contemplar, admirar, extasiar, arrobar, suspirar	Oír, ver, tocar, sentir, oler, saborear, morder, besar, abrazar
Sustantivos	Verga, pito, chorizo, trozo, chile, polla, panocha, guayaba, concha, chocho, chichis, pepa, paloma, tortas, palo, huevos, culo, costo, papaya, melones, nalgas, tetas	Emergen del área de la naturaleza y se alude al cuerpo con similes que lo comparan con flores, montañas, cielo, luz, fuego, arroyo, etc.	Todo lo que se percibe con los sentidos.
Adjetivos	Grande, largo, grueso, húmedo, sabroso, rico, apretado, mojado, tieso, duro, delicioso, parado, firme, arrugado	Dulce, suave, angelical, terso, fuerte, húmedo, jugoso, inimaginable, deseable, regocijante, admirable, divino, bello, diáfano	Todo lo que se percibe con los sentidos.
Analogías	Objetos, mecánico, sentido del gusto, alimentos, descarnada objetiva, grotesco,	Religioso, naturaleza	la Todo lo que se percibe con los sentidos.

La pornografía es un sátiro desnudo y el erotismo una ninfa traviesa

Gastón Bachelard en *La poética de la ensoñación* retoma los conceptos jungianos de Ánimus y Ánima, dos instancias psíquicas que nos constituyen, la primera es identificada como masculina y la segunda como femenina. Su escisión en nada tiene que ver con preferencias sexuales, sino con atributos del espíritu que se alinean, en el

caso del Ánimus, hacia la acción y el predominio de la razón y en el caso del Ánima hacia la contemplación y la creatividad. Decir que el Ánima es irracional o el Ánimus incapaz de crear es una aberración, pues ambas colaboran, como dos amantes, para dar vida al individuo que somos.

Bajo ninguna óptica es ésta una forma reduccionista de mirar al espíritu, puesto que sería un error pensar que en las mujeres es el Ánima quien opera y en los hombres el Ánimus. Peor sería creer que las conductas sexuales pueden encontrar explicación en esta dicotomía.

En una sociedad cambiante los roles humanos están siempre en construcción pero las alternativas se trazan más allá de una oferta dual. Así, encasillar la conducta en términos puramente femeninos o masculinos no es ya una opción viable. Existen mujeres con una conducta predominantemente Ánimus, hombres con una proceder que se inclina hacia los terrenos del Ánima y no por ello son indicio de su conducta sexual. Esta última presenta su propia oferta y sus propias fantasías.

Por lo antes dicho me es difícil pensar, actualmente, como lo hace Francesco Alberoni en dos territorios tan bien delimitados: pornografía y erotismo. El autor hace del primero un mundo masculino y, del segundo, un mundo femenino. Aclara, eso sí, que estas demarcaciones tienden a cambiar y las fronteras se atenuarán tarde que temprano: “El devenir es siempre una síntesis entre lo antiguo y lo nuevo...los arquetipos que se registran en nuestra cultura, las figuras que ordenan el aprendizaje, serán reelaborados, no destruidos” (Alberoni: 2000). No dejan de ser válidas e interesantes sus disertaciones, que nos remiten a nuestra herencia biológica y a la tendencia de conservación que se esconde bajo comportamientos en apariencia irracionales, que hacen que un hombre se aleje tras el sexo y una mujer persiga la continuidad tras hacer el amor.

Admite que el erotismo no es un estado sino un proceso, parte de este cambio se puede observar en la moda que ha popularizado lo unisex y ha aumentado el dimorfismo sexual como forma de cuestionamiento. También, como una manera de juego de intercambio de roles donde cada uno penetra en las fantasías eróticas del otro.

Para Alberoni, el erotismo masculino favorece lo discontinuo. Excitación que tiene *crecendos* y tiempos. Mientras la mujer opta por lo continuo, tanto en el tiempo como

en el espacio, esto se reporta en la naturaleza de su excitación y orgasmo. El hombre contempla esta continuidad como intensidad y lo desconcierta, lo excita, es una pasión cutánea, desbordante “incontenible”.

El oscilar discontinuo de lo masculino, provoca la frustración pero también el deseo femenino. Lo advierte Simone de Beauvoir en *El segundo sexo*, dice que la ausencia del amado es percibida por la mujer como una tortura, a lo que nuestro autor responde que la mujer profesionalista ha cambiado esta apreciación, acercándose más a la aceptación de los momentos fugaces.

El hombre privilegia la vista que es un sentido que puede operar a distancia, lo que ratifica su gusto por la pornografía. La mujer privilegia al tacto y al olfato, sentidos que presuponen la cercanía y la intimidad.

Masculino	Femenino
Pornografía, cine	Erotismo, novela romántica “rosa” teleseries, (películas) donde cuentan mucho los caracteres de los personajes, las relaciones afectivas y los obstáculos a superar
Sacrificados, amante, acción	Sacrificada, amada, pasividad
Fantasea con la prostituta complace por dinero y no se requiere ni de sentimientos ni de trámites lo que excluye la sensibilidad femenina. Se elimina la resistencia femenina.	A la mujer le gusta jugar con los obstáculos. Tienden a confundir erotismo y enamoramiento.
Preferencia por lo discontinuo.	Preferencia por lo continuo.
Inclinación por la belleza física y la forma del cuerpo.	Concibe el erotismo como parte de estar en la sociedad, en su centro. Influida por sentimientos, pasiones, por una visión estética, ética y social del hombre.
Tiene en la mira la relación sexual, actúa en presente.	Persigue el enamoramiento. La seducción femenina actúa en presente pero mira hacia el futuro.
Su placer se vive se inclina por la transgresión y el desafío.	Al riesgo de amar prefieren la certeza de ser amadas.
El pene no necesita de la voluntad la erección es involuntaria violenta. Actividad.	La vagina está cerrada para que se abra se requiere de un acto de voluntad, de aceptación. Pasividad.
Memoria erótica: recuerdan con exactitud los detalles de la experiencia sexual y al recordarla se vuelven a excitar	Para la mujer no es importante el detalle sino el suceso complejo.
Sentido preponderante: visual.	Sentido preponderante: tacto y olfato
La sexualidad llega como algo extraño.	Aprenden a una edad precoz y su sexualidad se ve vinculada con el amor.
Tendencia unificadora: son infieles. Traicionan con cualquiera que les atraiga.	Son infieles sólo cuando sienten que merece la pena.
Ambos buscan lo extraordinario como contacto con lo absoluto	Ambos buscan lo extraordinario como contacto con lo absoluto

Él, se inclina por la belleza y la forma del cuerpo y no le confiere gran interés al éxito y poder social. Tiene clara la separación entre Eros y política, entre sexualidad y poder, sienten violentísimo placer sexual, incluso por mujeres hacia las que no tienen ningún interés afectivo.

El divismo o veneración de figuras públicas o poderosas es un fenómeno femenino. La relación con el líder llega a ser erótica. Ella concibe el erotismo como parte de estar en el epicentro social. Esto probablemente se derive del hecho de que la hembra en los mamíferos superiores se aparee con el macho que se deshace de los rivales y domina el territorio y así asegura el patrimonio cromosómico. La hembra para proteger a sus crías debe retener al macho para asegurar la continuidad y la vida de su familia.

Así que el equivalente del poder en el hombre es la belleza que también presupone la competencia. La belleza genera desconfianza puesto que el hombre cree que ellas elegirán a los exitosos “héroes”. El deseo amoroso femenino puede ser tan adúltero como el del hombre y lo que para él es belleza para ella es poder. La masturbación solitaria del hombre inspirado por fotos de mujeres desnudas, guarda su equivalencia con la exaltación femenina ante los galanes poderosos de la novela rosa. Él busca un cuerpo sensual, ella un héroe, el destino es el mismo: tener sexo.

El héroe tradicional, con rostro frío y facciones duras, es símbolo de la masculinidad bárbara que se traduce en protección, seguridad y defensa. Como en el cuento de *La bella y la bestia*, este ser, en apariencia terrible, proporciona amparo y puede ser trasfigurado por amor. Busca en el hombre cualidades físicas, morales o sociales. Le atraen hombres reconocidos por la sociedad” celebridades, empresarios” etc. También puede desear a un hombre guapo pero porque su belleza es signo de excelencia. La desnudez, en principio la intimida, quiere un hombre físicamente fuerte pero teme su fuerza en la relación erótica, de ahí que se sienta más cómoda ante el hombre vestido.

La mujer tiene necesidad de amor hecho de ternura porque aleja el fantasma de la violencia, un cuerpo masculino que deja de ser amenazante y se torna en refugio. El erotismo femenino es periódico, dosificado, suave.

El olor del cuerpo y del aliento son condiciones importantes para que la relación prosiga.

El beso es otra forma de conocimiento, el hombre empieza por la boca porque su capacidad olfativa es menos refinada. La mujer conoce al hombre por sus abrazos y por el movimiento de su cuerpo más que por sus palabras “ Ningún lenguaje es tan sincero como el lenguaje del cuerpo enamorado” (Alberoni: 1998)

Él, cuando conquista, afirma Alberoni, tiene en la mira la relación sexual; ella quiere provocar el enamoramiento.

La seducción femenina actúa en presente pero mira hacia el futuro. El encuentro erótico es para el hombre un tiempo luminoso y por eso le admite un principio y un fin, experimenta mejor el instante de eternidad. Cuando ama extraña a la amada pero la siente presente en ausencia.

Lo erótico es lo contrario de lo obsceno. La mujer confunde el erotismo y el enamoramiento, la seducción femenina tiene que renovarse para exorcizar la discontinuidad del hombre. La mujer ama las trasfiguraciones. Ellos viven el placer más allá de las instituciones, más allá de la permanencia y del pacto, el hombre erótico está poseído por el deseo es un jugador que lo apuesta todo.

La mujer que encarna la fantasía erótica del hombre no pide compensaciones éticas, ni responsabiliza al hombre de su deseo. El cuerpo de la amada es una isla donde se puede vivir una realidad alterna, es lo apartado lo doble, lo paralelo. El idilio es el resultado de una dirección artística.

El hombre que busca amar, al posee a una mujer sexualmente, siente que ella le ha entregado todo su ser y por eso dice que la conquistó. Sin embargo, la seducción no es motivo de triunfo sino de asombro, no le produce sensación de superioridad sino de reconocimiento, al final también desea provocar el amor.

La obscenidad está sujeta a un contexto y un estado de ánimo, ante cierto tenor algo se vislumbra como erótico y se vuelve pornográfico porque lo hace en el momento equivocado. El erotismo puede ser una pornografía personal.

¿Desaparición del erotismo y triunfo de la pornografía?

Me parece evidente que esta marcada división se atenúa, esos comportamientos que Alberoni distingue con facilidad hoy son difusos e intercambiables. Asistimos a la proliferación de estímulos y contenidos sexuales, tanto por parte de medios de

información y el espectáculo como por las conductas de una sociedad que hace alarde abierto de su sexualidad. El objeto del deseo dejó de ser la mujer y hoy vivimos rodeados de imágenes de cuerpos de ambos sexos que se muestran con deleite, solos y acompañados, los hombres ostentan y cuidan su físico con el esmero que en otra época era sólo bien visto como comportamiento femenino. La mujer contemporánea se regocija de su libertad y presume de tomar el control, de ser más “cerebral” y menos “emocional”, de disfrutar de su sexualidad sin las viejas ataduras y la necesidad de legitimizar el deseo rodeándolo de compromisos afectivos.

La novela rosa y el cine pornográfico que son los géneros que el autor marca como representantes de estos territorios, coinciden en una meta: que un objeto del deseo perfecto y bello que es improbable que haga caso a un ser común, se rinde ante sus encantos.

Pascal Bruckner y Alan Finkieikraut en *El nuevo discurso amoroso* hablan de la provocación pornográfica con el relato y concretamente con el cine que señalan como una sucesión de actos sexuales sin que haya una historia. Es la ostentación de un universo fabuloso en donde “no es necesario seducir para conseguir, en que la concupiscencia jamás corre el riesgo de ser reprimida ni rechazada, en el que el momento del deseo se confunde con el de la satisfacción, ignorando con soberbia la figura del Opositor”. (Bruckner: 57-58)

En la novela rosa la heroína que se enamora no tiene obligaciones ni ataduras. Sus obstáculos son externos. En el cine porno el protagonista también es libre y los obstáculos para consumar el coito son externos o nulos. Ambos buscan la satisfacción inmediata, eliminan la realidad que obstaculiza. “El esquema temporal de la vida erótica constituido por una sucesión de relaciones monogámicas, en las que se intercalan etapas promiscuas de búsqueda, fue impuesto principalmente por la mujer. ..Hollywood proporcionó una anticipación de este modelo... El Satr system adoptó este modelo para que el público —sobretudo el femenino— aceptara como moral la anarquía erótica del mundo del espectáculo... a partir del feminismo se afirmó como modelo dominante” (Alberoni: 1998)

En *Anatomía del amor*, la antropóloga Helen Fisher intenta desentrañar el problema a partir de nuestra historia como especie. Ella afirma que en nuestra inclinación sexual se revelan las intenciones de una naturaleza cuyo cometido es la reproducción y con este

fin establece dos estrategias: la monogamia serial (dado que la mayoría de los seres humanos desde la pre-historia hasta la postmodernidad, establecen relaciones a mediano plazo marcadas por una biología del amor cuya función es asegurar el adecuado desarrollo y supervivencia de la nueva generación) y la infidelidad ocasional. De esa forma, jugando a dos bandas, la naturaleza asegura vida en el planeta: “De modo que somos criaturas que vivimos en un mar de corrientes que tironean nuestra vida de familia en una y otra dirección. Sobre el antiguo mapa de la monogamia en serie y el adulterio clandestino, nuestra cultura proyecta la sombra de su propio diseño” (Fisher: 1992) Así que volvemos al pasado ”Somos más nómadas y existe mayor igualdad entre los sexos. En este sentido estamos volviendo a una forma de vivir el amor más compatible con nuestro antiguo espíritu humano” (Fisher: 1992)

De esto podemos especular que las fronteras que se tienden entre comportamientos femeninos y masculinos, entre lo que es pornografía y lo que es erotismo tienden a atenuarse, son construcciones sociales que obedecen a nuestra necesidad de organizar aquello que llamamos civilización, reglas de un juego que hemos creado y que, por ser dinámico, debemos replantear constantemente. Sin embargo, del mismo modo que Fisher apela a la biología y a la antropología en busca de indicios y constantes para no desfallecer ante lo contingente, retomo la idea del erotismo como un terreno desafiante que promueve la interacción y la imaginación sobre la pornografía contemplativa. Esto no indica bajo ninguna óptica, que exista una necesidad de suprimir una en honor de la otra, ambas regocijan el espíritu del deleite por caminos convergentes. Sería simple que la confusión ganara la apuesta y los territorios del sexo empobrecieran las rutas de la emoción erótica que, además propone toda una concepción estética que nos vincula con un sentimiento trascendental del cual carece la pornografía.

Para Mario Vargas Llosa el erotismo es la desanimalización del amor físico, a lo largo del tiempo y gracias al progreso de la libertad y la influencia de la cultura y las artes en la vida privada, abandonó el camino de la mera satisfacción instintiva para tornarse en un placer creativo compartido que prolonga y sublima el placer físico. Sus vástagos son rituales y refinamientos que mutan en obras de arte.

En la construcción de nuestras geografías son considerables los cambios en terrenos de la ciencia, la filosofía, las religiones, el arte y el espectáculo, pero en el centro de todos los discursos la sexualidad es alimento y preocupación central, ningún aspecto

enriquece más ni cambia tanto a los seres humanos. Es la piedra de toque de nuestros deseos y motivaciones, musa del arte y de todos los espectros de la imaginación. Vargas Llosa afirma “el erotismo representa un momento elevado de la civilización y es uno de sus ingredientes determinantes...no es tanto un hecho en sí, una entidad aislada y diferenciada de otras, sino más bien una mirada, una elección subjetiva, una pasión o una manía que se proyectan sobre todo lo existente, erotizando a veces cosas que parecerían serle totalmente ajenas”.

Somos duales, qué remedio, y aunque la ciencia nos invite a pensar que el alma y el cuerpo no están divididos ni tampoco la razón y el corazón, es difícil conceptualizarlo. Lo cierto es que las fronteras que dividen pasiones y sentimiento, sexualidad, erotismo y amor son difusas, todo esfuerzo mental por encontrar límites es infructuoso, corren como ríos y el viajero que transita por sus estados y regiones no podrá advertir con claridad cuando se instala en uno o en otro, y si lo hace, probablemente su alma y su cuerpo conspirando juntos como amantes, se desplazarán de súbito al territorio siguiente. Los impronunciados estados amorosos nos dejan balbuceando, no tienen razones ni piden permiso, se instalan en la epidermis como una enfermedad prodigiosa que todo lo magnifica y todo lo duplica en antípodas pasionales. Son demarcaciones simultáneas del dolor y del gozo, vida y muerte, hielo abrazador y dulce herida como dicen los poetas. El erotismo es, ante todo la cima de un paradoja luminosa y vibrante.

Referencias

- Alberoni, Francesco. (1998) *El erotismo*. Barcelona: Gedisa.
- Alberoni, Francesco. (2000) *El origen de los sueños*. Barcelona: Gedisa.
- Alberoni, Francesco. (1998) *Enamoramiento y amor*. Barcelona: Gedisa.
- Abagnano, Nicola. (1998) *Diccionario filosófico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bachelard, Gastón. (2002) *Poética de la ensoñación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bataille, George. (1971) *Erotismo*. Madrid: Taurus.
- Bruckner, Pascal y Finkielkraut, Alain. (1979) *El Nuevo Desorden Amoroso*. Barcelona: Anagrama.
- Fisher, Helen. (1992) *Anatomía del amor*. Barcelona: Anagrama.

Ledesma, Manuela. “Consideraciones sobre la presencia del erotismo en la literatura en *Erotismo y literatura* (Seminario 98/99) Universidad de Jaén.

Marina, José Antonio. Marisa López Penas (1999) *Diccionario de los sentimientos*. Barcelona: Anagrama.

Paz, Octavio. (1994) *La llama doble: de amor y erotismo*. México: Seix Barral.

Rougemont, Denisse. (1979) *Amor y occidente*. Barcelona: Kairos.

Vargas Llosa, Mario. (2009) “La desaparición del erotismo“ en *El país digital*.
http://www.elpais.com/articulo/opinion/desaparicion/erotismo/elpepuopi/20091101elpepiopi_12/Tes

¹ Egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM por la carrera de Lengua y Literatura Hispánicas. También estudió la carrera de Publicidad en el Centro de Estudios en Ciencias de la Comunicación. Cursó la maestría en Crítica Literaria en la Universidad Iberoamericana. Colaboradora para la Revista Etcétera y para el programa de radio Voces sin secretos; colaboradora y miembro de la revista Ergo Sum de la UAEM y catedrática del ITESM Campus Toluca

y P